

Orígenes del empresariado moderno en la región de Concepción (1820-1860) *

Leonardo Mazzei de Grazia
Universidad de Concepción

La región de Concepción se incorporó con un retraso de aproximadamente veinte años al proceso de expansión económica que vivió el país durante el siglo pasado. En las otras áreas económicas claramente distinguibles —la que tuvo por centro mercantil a Valparaíso y la zona minera del Norte Chico—, el despunte fue mucho más temprano. En Valparaíso, a comienzos de la década de 1820 había ya numerosos comerciantes extranjeros y casas consignatarias, cuya presencia fue determinante para hacer de este puerto el *entrepôt* del Pacífico.¹ En el Norte Chico los hallazgos mineros promovieron una intensa actividad; expresión de ello fue el descubrimiento del mineral de plata de Arqueros por 1825, al que años más tarde siguió Chañarillo, aunque en definitiva la minería del cobre iba a tener más importancia que la argentífera.

El caso de Concepción fue diferente. Las luchas de la Independencia tuvieron lugar principalmente en esta área, prolongándose por más tiempo que en el centro del país. Ello, unido al bandolerismo, produjeron una desarticulación de la estructura económica basada en la tierra.

Una de las vías de esta desarticulación fue el abandono de propiedades agrarias de realistas (en la zona la causa del rey concitó mayor adhesión que la independentista) y el secuestro de ellas por parte del fisco. La venta o el arriendo de bienes secuestrados permitió a muchos el acceso a la tierra. Algunos, sí, no pudieron cumplir con las obligaciones contraídas. Ilustrativo es al respecto el caso de José Manuel Garretón, a quien el fisco entabló juicio en 1828 por arriendos impagos de la hacienda Curaco, correspondientes a los años 1820 y 1821. Garretón alegó en su favor que no pudo hacer efectiva la posesión del predio, porque las montañas de Rafael donde se situaba se llenaron de "partidas de bandidos que a nombre del Rey cometían toda clase de depredaciones; cada día tomaban más incremento las fuerzas de estos facinerosos, obligando al gobierno a librar orden para expulsar a todos los pobladores de la montaña, quemándoles las casas y a cuyas sombras se

* Esta ponencia forma parte del proyecto de investigación 916420-1 de la Dirección de Investigación de la Universidad de Concepción.

1. Véase Eduardo Caviere Figueroa, *Comercio chileno y comerciantes ingleses, 1820-1880: Un ciclo de historia económica* (Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso, 1988), pp. 111-112 y Jacqueline Garreaud, "La formación de un mercado de tránsito. Valparaíso, 1817-1848", en *Nueva Historia* (Londres), vol. 3, N° 11 (1984), pp. 160-162.

arribaban aquellos. Nadie podía transitar este camino sin peligro evidente de la vida. Esta es una verdad tan notoria a toda esta ciudad y provincia que no necesita esforzarse".² El alegato del afectado es muestra elocuente de la acción del bandillaje. El proceso se arrastró por largos años y finalmente Garretón murió en completa miseria. Otro caso de insolvencia fue el de Diego Mora, quien había rematado el arriendo de la hacienda de Coyanco.³

Pero no todo era penurias. Como lo ha demostrado Gabriel Salazar,⁴ ya en el siglo dieciocho muchos campesinos habían iniciado pequeñas empresas. Si bien este proceso se dio con sus variantes regionales en todo el país, el quiebre de la estructura productiva a partir de las guerras de la Independencia determinó que fuera en el área rural comprendida entre Chillán, Concepción y Los Angeles, donde la formación de asentamientos campesinos en ejidos de ciudad tuviera mayor efectividad.⁵

Por otra parte, la inestabilidad de la propiedad territorial se manifestó en continuas ventas de tierras, algunas muy engorrosas. Ejemplo de ello fue lo ocurrido con la hacienda del Tablón, antigua propiedad jesuita, de 3.600 cuadas, ubicada en el departamento de Coelemu. En el proceso de liquidación de las temporalidades había pasado a poder de Miguel Monreal y de su esposa Francisca Riobó, quienes a raíz de la Independencia emigraron al Perú, quedando la hacienda entre los bienes secuestrados. En 1826 fue rematada por Domingo Binimelis en \$4.342 y fracción, traspasándola en el mismo año y por igual valor a José María Peña, quien, según consta en expediente judicial, hizo la compra para Andrés Haigh, comerciante inglés de Valparaíso que se trasladó a Calcuta.⁶ Posteriormente la propiedad fue adquirida por la casa de Sewell y Patrickson de Valparaíso. Estos a su vez vendieron el fundo a "Mariana Délano, mujer de

Olof Lilgevalch, y como se suscitara pleito sobre su propiedad fue devuelto a la casa del expresado Sewell por quien se sostuvo el pleito".⁷ Finalmente fue vendido a Domingo Ocampo; éste hizo la compra para José Ignacio Palma, quien llegó a ser uno de los principales propietarios terratenientes y empresario molinero de la región. Entre tanto cambio de dueño, el fisco no sabía quien era el legítimo propietario, resultando perjudicado porque las alcabalas correspondientes a algunas ventas quedaron sin cancelarse.

A los desajustes provocados por la prolongación de las acciones bélicas y del bandolerismo, se sumaron los efectos de fenómenos naturales. Inviernos particularmente crudos y, por el contrario, otros años de sequía, se hicieron sentir sobre la actividad productiva. Los embates de la naturaleza culminaron con el terremoto de 1835, que tuvo consecuencias devastadoras en las ciudades, al punto de llamársele "la ruina", queriendo significar con tal denominación un hito destructivo en la historia de la región. Asimismo causó estragos en los campos, lo que afectó la estructura productiva. Así lo expresaba el arrendatario de una hacienda, que hacía notar que sus construcciones se habían "arruinado totalmente, sepultando bajo sus escombros los útiles y herramientas de labranza y las vasijas y aperos necesarios para las cosechas de licores, que hacen su única producción".⁸

La desestructuración y las calamidades no impidieron que en la cúspide de la economía regional se mantuviera, si bien no exento de dificultades, un sector empresarial proveniente de la élite terrateniente-mercantil de los últimos años del coloniaje. Los más importantes de esta élite habían cimentado su posición de grandes terratenientes a través del remate de las temporalidades pertenecientes a los jesuitas. Los herederos de Francisco Javier Manzano conservaron la hacienda Magdalena, aunque —como ocurrió en otros casos— no la explotaron directamente, sino la cedieron en arriendo.⁹ La sucesión de José Urrutia Mendiburu, quien conformó una de las mayores fortunas de todo el

2. Archivo Nacional, Judicial de Concepción (en adelante AJC), vol. 89, pza. 7.

3. *Ibidem*, vol. 85, pza. 3.

4. Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* (Santiago: Ediciones SUR, 1985), pp. 47-74.

5. *Ibidem*, p. 65.

6. AJC, vol. 20, pza. 3.

7. *Ibidem*, vol. 86, pza. 5.

8. *Ibidem*, vol. 88, pza. 4.

9. *Ibidem*, vol. 7, pza. 8.

país al finalizar la época colonial, mantuvo la propiedad de la hacienda San Javier, que comprendía una extraordinaria extensión de 6.000 cuadas.¹⁰ Por su parte, los legatarios de Alejandro Urrejola recuperaron la posesión de la hacienda Cucha Cucha, que había caído entre los bienes secuestrados en los años de la emancipación.¹¹

Las dificultades a que aludimos de paso, aparte de la circunstancia del secuestro, incluyeron litigios entre los herederos y deudas que se prolongaron por muchos años; tal fue el caso de la que pesaba sobre la misma testamentaria de Alejandro Urrejola, por cantidad de \$800 y sus réditos, con gravamen sobre la hacienda ya nombrada y en favor del convento de monjas Trinitarias, activas financieramente en la región.¹²

A este grupo de mayor antigüedad se agregaron propietarios terratenientes más recientes. Muchos de ellos provenían de la oficialidad castrense, lo que no era extraño, dado el carácter de "capital militar" que tuvo Concepción. Entre esos militares terratenientes se puede citar al coronel Francisco Bulnes, intendente de la provincia y hermano de quien fuera Presidente de la República, Manuel Bulnes. El coronel fue dueño de diversos predios, según consta en el inventario de sus bienes formado a su fallecimiento, incluidos en ellos las haciendas del Manzano, Santa Fe, Taicacura, Pachagua y el fundo Juan Chico.¹³ En 1822, Ramón Freire obtuvo en donación la hacienda Cucha Cucha, entonces bajo secuestro, de cuya propiedad gozó por casi diez años, antes de tener que devolverla en virtud de sentencia judicial a sus anteriores propietarios, los herederos de Alejandra Urrejola, como ya vimos.¹⁴ Hubo otros que no prevenían del Ejército. Es el caso de Pablo Cayetano Masenlli, propietario de la hacienda Lincura y adquirente de la de Quinel, de 2.200 cuadas, en perjuicio de la viuda de un cacique indígena, que reclamaba derechos sobre esa propiedad.¹⁵ O el de José Ignacio Palma, a quien ya

antes hemos hecho referencia en relación a la compra de la hacienda de Tablón; también compró la hacienda del Manzano al coronel Bulnes y la de Piñihue, ubicada en Rere; poseyó además la de Poca Vista en Florida; terrenos de la hacienda San José de Trilalén; el fundo Taiguén en Quirihue y el de San Jerónimo de Chome, que si bien figuraba como pertenencia de su madre, era usado por él tal si fuese propio, presentándolo en garantía para operaciones financieras.¹⁶

Un nuevo cauce de conformación empresarial se fue abriendo con la radicación de extranjeros, la modernización "nórdica", como diría Salazar.¹⁷ Desde la época de la Independencia se habían empezado a instalar en el eje Talcahuano-Concepción algunos extranjeros, principalmente británicos y angloamericanos, si bien en número reducido, sobre todo en comparación con Valparaíso. Por las razones antes descritas la zona no resultaba atractiva, además que para servir a los propósitos del expansionismo inglés bastaba un solo puerto; de ahí que los súbditos de S.M.B. privilegiaran como área de radicación el puerto del centro del país.

Las mismas circunstancias de las luchas independentistas determinaron la radicación de algunos británicos y estadounidenses. Fue el caso de un número de marinos que se incorporaron a prestar servicio junto con Lord Cochrane; entre ellos estuvo el galés Tomás Kingston Sanders, que desde Inglaterra pasó a Estados Unidos, embarcándose en Nueva York con destino a Chile en un grupo en el que también estaba Pablo Délano, norteamericano, padre de Pablo Hincley Délano y de Guillermo Gibson Délano, que posteriormente serían dos de los más activos empresarios en la región.¹⁸ A ellos se agregan varios más que vinie-

10. *Ibidem*, vol. 49, pza. 4 y vol. 52, pza. 1.

11. *Ibidem*, vol. 89, pza. 4 y vol. 90, pza. 11.

12. *Ibidem*, vol. 89, pza. 1.

13. *Ibidem*, vol. 48, pza. 1.

14. *Ibidem*, vol. 90, pza. 11.

15. Archivo Nacional, notarios de Concepción (en adelante ANC), vol. 29, fs. 192-195v y AJC, vol. 20, pza. 7.

16. ANC, vol. 26, fs. 230v-232; vol. 29, fs. 192-195v y vol. 40, fs. 139-145 y AJC, vol. 47, pza. 11.

17. Salazar, Gabriel, "Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular", en Luis Ortega, ed., *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy* (Santiago: Universidad de Santiago, 1993), p. 180.

18. Unos apuntes biográficos sobre el capitán Tomás Kingston Sanders, que contiene informaciones principalmente sobre su participación militar, incluyendo referencias acerca de sus actividades económicas, se encuentran en Archivo Nacional, Archivo Vicuña Mackenna, vol. 21, pza. 13.

ron a tomar parte en el movimiento independentista. Andrews, Bunster, Hodges y Greene son apellidos correspondientes a estos hombres.

De estos militares incorporados a las luchas de la Independencia; de marinos en tránsito, principalmente de barcos balleneros; y de algunos comerciantes que empezaron a actuar tempranamente, surgió un núcleo de británicos y angloamericanos establecidos en la zona. Ellos participaron activamente en la conformación del primer empresariado moderno que actuó en la economía regional, impulsando la molinería.

Cabe consignar que las primeras compañías molineras de importancia no fueron formadas por empresarios pertenecientes a este grupo inicial, sino por británicos y también de otras nacionalidades llegados desde Valparaíso; ellos advirtieron las posibilidades a futuro de una gestión empresarial que aprovechara las potencialidades naturales de la región. Fue así como por 1835, Tomás Walford y Tomás Taston Smith establecieron una sociedad para explotar un molino en Lirquén; socio de esta compañía fue además Fineas Lovejoy, residente en La Serena, quien aportaba capital; ello demuestra que la inicial molinería aparecía como una opción interesante para inversionistas extranjeros radicados en otras regiones del país.¹⁹ Por ese tiempo otro inglés, Enrique Burdon, estableció molino en Puchacay, en sociedad con Olof Lilgevalch, de nacionalidad sueca.²⁰ Lilgevalch tuvo destacada participación en los comienzos de la actividad molinera; fue el primero en instalar en la zona molinos a vapor, que fueron también los primeros del país.²¹

La antigua caleta de Tomé se transformó en el puerto central de la molinería y de las exportaciones de harina. La apertura del mercado de California fue el acicate decisivo para que la actividad molinera cobrara ímpetu. En ese puerto instalaron molinos algunos de los extranjeros tempranamente radicados en la zona. En 1843 se asociaron Guillermo Gibson Délano y Tomás Kingston

Sanders para formar el molino Caracol. Esta compañía fue disuelta en 1849, quedando Sanders con la propiedad de ese molino, en tanto que Délano formaba otra sociedad, la del molino Bellavista, asociándose con el inglés Tomás Reese, bajo la razón social de Guillermo Gibson Délano y Cía.; la nueva sociedad reunió un capital equivalente a unos \$36.000, correspondiendo a Délano más de un 80 por ciento. Pocos años más tarde ingresó a Bellavista otro inglés, Antonio Plummer, estimándose esta vez el capital en unos \$60.000, incluido un muelle.²² Es decir, un crecimiento del capital cercano al 70 por ciento. Ello muestra el crecimiento de los activos, a parejas con el aumento de la demanda californiana.

Pero no sólo los británicos de antigua y nueva radicación se habían interesado en el negocio molinero. A la zaga de sus exitosas gestiones empresariales, hombres ligados al grupo terrateniente local se integraron a esta actividad. De este modo, José Francisco Urrejola, junto con Ramón Cruz y Moisés W. Hawes, este último norteamericano experto en el manejo técnico de molinos, formaron la Compañía Molinera California de Tomé, cuyo capital, no especificado en la escritura notarial, debía ser puesto por partes iguales.²³ Para obtener fondos destinados a solventar los gastos de las empresas, fue usual recurrir a financistas externos. Ya aludimos a la participación de uno de ellos (Fineas Lovejoy) en los inicios de la formación de compañías molineras en la región. En el caso del establecimiento California, aparece otro financista externo, Samuel Frost Haviland, norteamericano, vinculado al núcleo mercantil de Valparaíso y a las habilitaciones mineras en el norte, quien otorgó un préstamo a su compatriota Hawes por la suma de \$4.000 en onzas de oro sellado, al interés de un 1 por ciento mensual, con hipoteca de la parte correspondiente a Hawes en el molino; otro lo extendió a toda la compañía por \$12.000, quedando hipotecado el molino en su totalidad.²⁴ Al separarse de esta sociedad Hawes, por desavenencias que

19. ANC, vol. 23, fs. 35-40.

20. Ibidem, vol. 22, fs. 150 y vol. 44, fs. 31-32v.

21. Claudio Gay, *Agricultura chilena*, tomo 2 (Santiago: Icirra, 1973), p. 53.

22. ANC, vol. 40, fs. 282v-285; vol. 46, fs. 183v-186 y vol. 49, fs. 64-65.

23. Ibidem, vol. 38, fs. 201v-203.

24. Ibidem, vol. 40, fs. 329v-330v y vol. 43, fs. 3 y v.

originaron un bullado juicio, ingresó a ella José Ignacio Palma, que además había comprado a Enrique Burdon el molino de Puchacay, por un valor de \$60.000, pagaderos en el plazo de cinco años, con hipoteca del propio molino y del fundo Taiguén.²⁵

La bonanza molinera atrajo asimismo a la zona a empresarios criollos de otras regiones. Fue el caso de Matías Cousiño, quien formó la Compañía Molinera de Tomé.

En la primera mitad de la década de 1850, que fueron los años de auge con la demanda californiana, las empresas molineras más importantes en la región eran las siguientes: Bellavista, de Guillermo Gibson Delano y Antonio Plummer; Caracol, de Tomás Kingston Sanders; California, de José Francisco Urrejola y de la sucesión de José Ignacio Palma (fallecido en 1853); molino de Tomé, de Matías Cousiño; Collén, de Pablo Hinckley Delano, Juan Ferrer y Francisco Smith; molino de Lirquén, de Enrique H. Rogers; Lands, de Roberto Cunningham; molino de Penco, de Pablo Hinckley Delano; molino Bio Bio, de Daniel H. Novoa; Puchacay, de la sucesión de José Ignacio Palma; y el de Colcura, de Juan Alemparte.

El apogeo molinero marcó un período de proyección económica como no lo había vivido la región hasta entonces. La Memoria del intendente de la provincia de Concepción, Rafael Sotomayor, correspondiente al año 1855, rebasaba de optimismo. "El acarreo de los trigos a los molinos, puertos, embarques, etc. —decía en parte de ella— va dejando una huella de actividad y de ganancia que ha producido en pocos años el bienestar de la generalidad". Llegaba a tal grado el entusiasmo del intendente, que en su concepto la cruda pobreza ya no existía: "La miseria de los campos ha desaparecido y no faltan centenares de esos pequeños propietarios que antes gemían en el desamparo, que cuentan en el día con un capital sobrante, resultado de este bienestar de la agricultura. No sólo se extendió el progreso material a estos industriales y productores; el fletero, el gañán, los cargadores y jornaleros, todos en fin, reciben mejores jornales y

tienen abundancia de trabajo".²⁶

En el funcionamiento interno de esta economía volcada al negocio molinero, el instrumento más característico fue el vale de trigo. Estos vales eran documentos que certificaban el depósito de las fanegas de trigo entregadas por los cosecheros que se hacía en las bodegas de los molinos, especificándose la calidad del trigo depositado. "La costumbre ha hecho de esos documentos, vales al portador, pues saca la especie o su precio el que la presenta, sin necesidad de endoso", afirmaba el intendente Sotomayor, agregando que "muchos abusos se han cometido, aprovechando esa costumbre general, pero no han sido tanto, que hayan desvirtuado su valor".²⁷

Para preservar el sistema, desde el principio se castigaron severamente las defraudaciones. En el año 1839, Francisco Merino sufrió la rigurosidad de la ley por la falsificación de dos vales, de 400 y 300 fanegas respectivamente, condenándosele a destierro perpetuo a la isla de Juan Fernández, pena que en definitiva fue conmutada por diez años de extrañamiento en Chiloe, atendiendo a que el presidio de Juan Fernández se encontraba inhabilitado.²⁸ En lo sucesivo no fueron muchas las causas que se entablaron por falsificación o hurto de vales, lo que podría indicar que la drasticidad de las sanciones tuvo efectos amedrentadores, o bien que se agudizó el ingenio para no ser sorprendidos. En todo caso, resulta evidente que se trató de proteger un mecanismo de transacción mercantil que cobraba impulso en la economía regional.

El sistema parecía una modalidad de tipo fiduciario conveniente para los productores, puesto que a través de él se facilitaba y, aún más, se aseguraba la venta de trigo. Además, en la competencia por captar la producción cerealera, los molinos pagaban "premio" por fanega de trigo depositada. Roberto Cunningham avisaba en un periódico local que pagaría dos reales de premio por fanega de trigo de buena calidad depositada en su

25. Ibidem, vol. 40, fs. 139-145 y vol. 44, fs. 20v-22.

26. Memoria publicada en *El Correo del Sur*, Concepción, distintos números del año 1856.

27. Memoria cit.

28. AIC, vol. 62, pza. 1.

molino de Landa.²⁹ Similares beneficios ofrecían todos los molineros.

Sin embargo, en la práctica los productores quedaban sometidos al arbitrio de los molineros. Estos reservaban a su voluntad pagar el trigo, devolverlo o bien dar vales de las bodegas de otros molinos, según como mejor conviniese a sus intereses de momento, sin tener en cuenta las necesidades de los productores. "Los bodegueros-molineros —señala Patricia Cerda— estaban interesados en que los productores no retirasen su trigo fácilmente, ya que era la materia prima para su industria, por lo cual ponían también trabas a los que querían embarcarlo directamente".³⁰

Por otra parte, muchos productores contrajeron deudas con comerciantes o con molineros, que les facilitaban recursos para emplearlos en sus proyectos productivos, corriendo el riesgo de perder sus propiedades, si ellos no rendían los frutos esperados. Dramático fue el caso de Justo Barriga, quien estuvo endeudado por muchos años con José Ignacio Palma, producto de una habilitación que éste le hiciera y de otros compromisos. Al no poder responder tuvo que entregar tres propiedades rurales, que se sumaron al proceso de acumulación en que se empeñó Palma. Ellas fueron 69 cuadradas en la hacienda San José de Trilalén, Chillán, con 17.150 plantas de viña, más ganado de todas clases, aunque en cantidades reducidas; la hacienda Poca Vista en Florida, de 100 cuadradas, con 13.000 plantas de viña y 80 cabezas de ganado lanar y otro pequeño fundo de 47 y media cuadradas, con 20.000 plantas de viña. Se agregaba en el convenio entre el acreedor y el deudor, que éste se constituía en depositario de los bienes entregados para administrarlos mientras fuese la voluntad de Palma.³¹

Fueron frecuentes las compras en verde por parte de los molineros que trataban de asegurar el trigo necesario para conformar los montos expor-

tables. La autora antes citada hace referencia a algunas de estas operaciones, entre ellas el compromiso contraído por Luciano García, en octubre de 1849, de poner en el molino de Puchacay (de la propiedad del mismo José Ignacio Palma) 740 fanegas entre los años 1850 y 1851.³²

Los molineros, por su parte, no comercializaban directamente su producción de harina en el mercado externo, sino lo hacían por la intermediación de las casas comerciales de Valparaíso. En 1850 los principales molineros se unieron con el propósito de suscribir un contrato conjunto con la casa de José Waddington para que esta firma se encargara de la venta de harinas en el exterior. Al año siguiente quedó formalizada una asociación de molineros, en cuyo estatuto se expresaba que lo hacían "a fin de fomentar la prosperidad de nuestra agricultura, asegurando las ventajas y el buen crédito de que gozan en la plaza de California las harinas que producen los molinos de esta provincia y deseosos de evitar la competencia que otras naciones pudieran hacernos, con grave perjuicio de los intereses agrícolas de esta provincia, aprovechándose de las altas y bajas de nuestro mercado para colocar sus producciones en la época de subida y obligándonos a vender cuando la plaza bajare..."; afirmaban los molineros que no perseguían otro objetivo más que regularizar el mercado, en provecho no sólo de ellos, "sino que también asegurará para Chile el importante mercado de California y por consiguiente el bienestar de los intereses agrícolas de este país".³³ Los asociados suscribieron un nuevo convenio para la colocación de las harinas en California, esta vez con Alsop y Cía. Esta firma porteña sería la encargada exclusiva, por lo menos por un año, de la venta de harinas, con la única excepción de las que se hicieran dentro de la misma provincia de Concepción, cobrando una comisión del 5 por ciento del producto total; se estipulaba en el convenio que los molineros que lo desearan podían acogerse a adelantos hasta de las tres cuartas partes del valor de las harinas que les haría la propia firma Alsop, con un interés de un 1 por ciento mensual; "y una vez hechos estos ade-

29. *El Correo del Sur*, 1 de febrero de 1851.

30. "Transformación y modernización en una sociedad tradicional: la provincia de Concepción durante la primera mitad del siglo XIX". Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Santiago, Universidad de Chile, 1986, p. 88.

31. ANC, vol. 29, fs. 195v.

32. Tesis cit., p. 87.

33. ANC, vol. 45, fs. 17v-23.

lantos, el producto de las harinas quedará especialmente hipotecado a favor de los señores Alsop y Cia., hasta que éstos puedan verificar la venta de ellas".³⁴

No obstante los buenos propósitos de los dueños de establecimientos molineros, era muy improbable que pudieran regularizar en su provecho el mercado de las harinas. Por cierto, no podían actuar sobre la demanda y, por otra parte, su conexión con ese mercado no era directa.

En 1853 se formó una nueva sociedad de empresarios molineros, esta vez bajo la razón social de Cousiño y Cia., muestra de la importancia creciente que Matías Cousiño adquiría en la economía regional. Además, la casa Cousiño y Garland de Valparaíso centralizaría en ese puerto las operaciones de exportación a California. Figuraban junto a Cousiño, Guillermo Gibson Délano, Antonio Plummer, Tomás Kingston Sanders, Pablo Hinkley Délano, José Francisco Urrejola, Enrique H. Rogers, Juan Alemparte y la sucesión de José I. Palma, es decir, los más importantes molineros. Sin embargo, esta nueva asociación funcionó sólo por poco más de dos años, disolviéndose en 1855.³⁵

En este mismo año, los hacendados de la región, agobiados por la supeditación en que estaban con respecto a los molineros, en reacción tardía asumieron la iniciativa de formar una asociación de agricultores. Uno de los adherentes a esta iniciativa expuso en un periódico local que "con placer hemos recibido y aceptado la idea de establecer en esta provincia una asociación de agricultores que pueda sacar a nuestra pobre agricultura del estado de postración casi completa a la que la ha reducido el sistema de monopolio adoptado de poco tiempo a esta parte por los dueños de molinos y de bodegas de depósito, cuyo sistema con perjuicio de los hacendados y productores de cereales, pretende enseñorearse y triunfar por sí solo de la laboriosidad, industria y economía de los verdaderos productores de la riqueza del país".³⁶ Se trataba de crear una sociedad anónima cuyo capi-

tal se formaría con la venta de acciones de \$300 cada una. El fondo reunido sería destinado a la construcción de uno o más molinos y también de bodegas, puesto que si bien en el año 53 se habían erigido bodegas públicas, éstas estaban en poder de los propios molineros o de intermediarios. Se pensaba asimismo en la captación de mercados alternativos, especialmente el peruano: "El mercado del Perú es de mucha importancia, y si todos aquellos puntos no se abastecen de esta plaza, es sólo porque no todos pueden comprar al contado, y la falta de capitales disponibles los lleva a Valparaíso aun sufriendo la pérdida de un 12 y medio por ciento en la medida respecto de ésta, pero con la ventaja del plazo".³⁷ En fin, se llamaba a los productores a adoptar una actitud empresarial agresiva que los impulsara en el camino del progreso, con enfáticas alusiones al modelo norteamericano: "imitemos el espíritu yanque (sic) todo lo vence con el convencimiento y el entusiasmo, y sin arredrarse acomete y aborda toda empresa probable"; "... ¡al hecho, al hecho, penquistos! y hagan y operen de modo que Concepción pueda alcanzar a ser en 30 años más el Nueva York de la América del Sur".³⁸ Los adherentes pertenecían a los núcleos familiares terratenientes de la región. Allí estaban, entre otros, Juan de Dios e Ignacio Mendiburu; Manuel, Federico y Antonio Benavente; Ignacio y Ramón Zañartu; Nicolás Tirapegui; Manuel Zerrano; Ramón Rosas; Juan José Arteaga; Víctor Lamas; José María y Domingo Riosco; Francisco Masenlli; Javier y Esteban Manzanos.

Pero el colapso del mercado californiano afectó gravemente tanto a productores como a molineros. En adelante, la actividad molinera más relevantes se va a desplazar hacia el centro del país, en tanto que en la provincia el centro productivo principal se desplazaba al área costera sur, donde se concentró la explotación carbonífera. Hubo también traslados de capitales desde la molinería a la minería del carbón. Representativas de ello son

34. *Ibidem*, vol. 44, fs. 44-45.

35. *Ibidem*, vol. 49, fs. 66v-71v; vol. 53, fs. 275-279v y vol. 55, fs. 434v-442.

36. "Asociación de Agricultores" en *El Correo del Sur*, Concepción, 2 de junio de 1855.

37. "Comunicados. Dirigidos a los sembradores", *Ibidem*, 17 de mayo de 1855.

38. "Dirigido a los sembradores. (Conclusión). Molinos asociados de agricultores", *Ibidem*, 19 de mayo de 1855.

las inversiones de Guillermo G. Délano y Cía., firma propietaria del molino Bellavista –como hemos visto–, que, asociada con F.G. Schwager e Hijo de Valparaíso, dio origen a una de las principales empresas carboníferas, la Compañía Minera de Puchoco.³⁹

Con todo, con la molinería había surgido el primer sector empresarial moderno en la economía de la región. Concurren a esta calificación varias razones. Siguiendo la terminología empleada por Salazar, corresponde a la etapa de la "modernización nórdica" llegada primero a los puertos.⁴⁰ Los extranjeros dieron el impulso transformador a la economía de la región. Fue en esta actividad molinera donde se produjeron las primeras transformaciones técnicas importantes, con el uso de la maquinaria a vapor; por 1855, el intendente Sotomayor refería la existencia de veintuna máquinas a vapor en los molinos de la provincia; catorce de ellas estaban concentradas en el departamento de Coelemu (Tomé), cuatro había en Puchacay, cuatro en Rere, dos en el departamento de Lautaro y una en Concepción.⁴¹ Esta modernización incluyó, por cierto, la vinculación con los circuitos mercantiles externos, la que se verificó en forma trifásica, es decir, por la intermediación mercantil de Valparaíso. Pensamos que fue también proyección moderna del foco molinero el haber transmutado a la región en un centro de atracción, proyección que repercutió sobre todo en el eje urbano Concepción-Talcahuano. A la vera del impulso económico que significó la molinería, se incrementaron el comercio y la industria urbanos. En los datos consignados por el intendente Sotomayor, entre otros establecimientos instalados en la ciudad de Concepción figuraban 29 carpinterías que ocupaban a 160 obreros; 15 albañilerías con 40 operarios; 15 herrerías con 35; 14 sastrerías con 65; 14 zapaterías con 50.⁴² La mayor parte de los establecimientos, tanto industriales como comerciales, pertenecieron a

extranjeros. Así se evidenció en los avisos de la prensa de la época, que publicitaban las ventajas de empresas tales como la tienda alemana de Alfonso Denechen y Cía.; la tienda de Tomás Segundo Smith; la panadería francesa de Gerardo Pellicier; la fábrica de velas y jabones de R. McCoy; la carpintería alemana de Bittles y Langes, etc.

¿Fue el empresariado molinero propiamente regional? Si revisamos la trayectoria de los socios de las principales molineras, advertimos que varios de ellos –los Délano, Sanders, Rogers, Cunningham–, no obstante su condición de extranjeros, llevaban muchos años de radicación en la zona y estaban identificados con la región. Pero hubo otros que llegaron de Valparaíso. Tanto en uno como en otro caso, los molineros tenían estrechas conexiones con el núcleo mercantil de Valparaíso. Algunos estaban relacionados incluso familiarmente, por la vía de los matrimonios, con ese nuevo sector empresarial que ejercía su supremacía en la economía del país, o bien tendieron a contraer nupcias dentro del mismo grupo molinero. Pablo Hincley Délano había desposado a Teresa Edwards y Tomás Taston Smith, socio inicial del molino de Lirquén, a Jacoba Edwards, ambas hijas del cirujano londinense Jorge Edwards, fundador de esa familia en Chile. Antonio Plummer, socio de Guillermo Gibson Délano, casó con Ana Isabel Délano Edwards, hija de Pablo Hickley Délano. Olof Lilgevalch, uno de los primeros que destacó en la molinería, casó con Mariana Délano, hermana de los empresarios de ese apellido.

Es efectivo que a este núcleo molinero lograron incorporarse algunos empresarios propiamente regionales, entre los que destacaron José Ignacio Palma, José Francisco Urrejola y Juan Alemparte. Pero la tónica la dieron los extranjeros vinculados a Valparaíso. El empresariado dominante en la región aparece como un ramal del centro mercantil porteño. A este sector quedó supeditado el empresariado terrateniente local, con muy pocas posibilidades de sacudirse esta dependencia, entre otras razones porque carecían de una conexión directa con el mercado externo.

La inexistencia de un empresariado regional dominante se repitió en la conformación de otros sectores empresariales en la economía de la zona

39. ANC, vol. 61, fs. 51-53v, 143-145, 150-152v y 213-219.

40. "Crisis en la altura...", p. 180.

41. Memoria cit.

42. *Ibidem*.

(el del carbón y el que se formó al reanimarse la molinería—último cuarto del siglo pasado y primeras décadas del presente—con la captación del trigo de la Araucanía). Consideramos importante el punto, puesto que la ausencia de empresariados dominantes propiamente regionales explica en parte los desequilibrios internos de la economía chilena, carente de auténticos polos de desarrollo económico regional.